



II.

UN ALMUERZO EN LA PLAZA VENDÔME.

No pasaban de una veintena los reunidos aquel mediodía en el comedor del Nabab, un comedor de roble tallado, salido la víspera del obrador de algún ebanista de lujo, quien había proporcionado al propio tiempo los cuatro salones que se divisaban en ristra por el vano de una puerta abierta, los cielos rasos y colgaduras, los objetos de arte, las arañas, hasta la vajilla que ostentaban los aparadores, hasta los criados que servían la mesa. Era aquel en realidad el interior improvisado, al apearse del tren, por un colosal millonario de la víspera, hambriento de goces. Aunque no hubiese en torno de la mesa el menor asomo de traje femenino, ni una punta de

tela clara, que le diese vida, no por ello el conjunto tenía nada de monótono, merced al contraste abigarrado y chillón de los comensales, suma de elementos de todas procedencias, mostruario humano al cual contribuían las razas todas, de Francia, de Europa, del universo entero, del uno al otro cabo de la escala social. En primer término, el dueño de la casa, especie de coloso atezado, curtido, azafranado, con la cabeza metida en los hombros, al cual daban el aspecto feroz de un kalmuko, de un salvaje fronterizo que vive de rapiñas y de guerra, su nariz corta y sorbida por los carrillos mofletudos, sus cabellos crespos que se agolpaban, como una gorra de astracán, á una frente estrecha, abultada, los matorrales de sus cejas á cuyo abrigo chispeaban unos ojos como de chacal en acecho de presa. Afortunadamente, la parte inferior del rostro, los labios belfos y caídos, que entreabría una adorable sonrisa de bondad, suavizaban, transformaban por completo, daban una expresión de san Vicente de Paul á aquella fealdad horrible, á aquella fisonomía tan especial, haciendo desaparecer su vulgaridad genuina. Y sin embargo, lo bajo de su estofa se traslucía de una manera palpable en la voz, una voz de marinero del Ródano, cascada y enronquecida, cuyo acento meridional la hacía, más que dura, grosera, y en dos manos tan anchas como largas, de falanjes velludas, dedos carnosos y sin uñas, las cuales, estampadas en la blancura de los manteles, hablaban de su pasado con elocuencia abrumadora. Enfrente, al lado opuesto de la mesa, á la cual no faltaba un solo día, se sentaba el marqués de Monpavon, pero un Monpavon que no se parecía en nada al derrengado espectro que antes hemos visto, un hombre soberbio y sin edad, nariz prominente que rebosaba alteza, porte señorial, ostentando un ancho peto de immaculado hilo que crugía á los continuos esfuerzos del pecho para combarse, y se hinchaba cada vez con el ruido de gallo blanco que se engrifa ó de pavo real que despliega el abanico de su cola. Su nombre de Monpavon le sentaba á las mil maravillas.

De ilústre alcurnia, emparentado con todo lo mejor, pero arruinado por el juego y las especulaciones, la amistad del duque de Mora le había valido una recaudación de contribuciones de primera clase. Por desgracia su salud no le había permitido seguir al frente de tan importante destino—los me-

jor informados decían que su salud nada tenía que ver en ello —y hacía un año que estaba en París aguardando, según decía, á que su restablecimiento le consintiese reencargarse del empleo. Añadían también los informados que no volvería á ocuparlo, y aun, que á no ser por altas protecciones... Por lo demás, el personaje importante del almuerzo se veía en el modo cómo le servían los criados, cómo le consultaba el Nabab llamándole « Señor Marqués, » á estilo de Comedia-Francesa, más que por deferencia, por orgullo, por la honra que le reportaba. Llamo de desdén para con la gente que tenía á su lado, el señor Marqués hablaba poco y por todo lo alto, como si se dignase descender hasta los que favorecía con su conversación. De vez en cuando, al través de la mesa, asentaba al Nabab algunas expresiones enigmáticas para todos.

—Ayer ví al duque... Me habló mucho de vos con ocasión del asunto... Ya sabéis, de aquello... ¿Estáis?

—¿Cierto?... ¿os habló de mí? Y el bueno del Nabab, pavoneándose, miraba á su alrededor meneando la cabeza de un modo altamente ridículo, ó bien afectaba la compunción de una beata al oír el santo nombre de Jesús.

—Su Excelencia os vería entrar... ps... ps... ps... en el asunto, con sumo placer.

—¿Os lo dijo así?

—Preguntádselo al gobernador... él lo oyó.

El que llamaba el gobernador, Paganetti por su verdadero nombre, era un sujeto de baja estatura, expresivo y manoteador, que cansaba de mirar, tal era la variedad de aspectos que tomaba su rostro en un minuto. Estaba al frente de la *Caja territorial* de Córcega, una vasta empresa financiera, y venía á aquella casa por primera vez, presentado por Monpavon; por esto ocupaba un asiento de preferencia. Á la izquierda mano del Nabab, un anciano, de levitón abrochado hasta la barba, sin solapas y con alzacuello á guisa de túnica oriental, sajada la faz por un sin fin de pequeñas escaras, bigote blanco á lo militar. Era Brahim-Bey, el coronel más bizarro de la regencia de Túnez, edecán del difunto Bey que había hecho la fortuna de Jansoulet. Las hazañas gloriosas de aquel paladín se mostraban escritas en arrugas, en manchas crapulosas, en su labio inferior flojo y sin resorte, en sus ojos sin pestañas, escaldados y rojizos. Una de esas testas que

figuran en el banquillo de los acusados en los procesos á puerta cerrada. Los demás convidados se habían repartido sin orden, al azar de la llegada ó del encuentro, puesto que la casa estaba abierta á todo el mundo, y cada mañana se ponían treinta cubiertos en la mesa.

Allí estaba también el empresario del teatro de que era comanditario el Nabab, un tal Cardailhac, conocido por sus donaires casi tanto como por sus quiebras, trinchador de primera fuerza que mientras separaba los trozos de una perdiz aderezaba un chiste, y lo servía luego con un alón en el plato que le ponían delante. Más que improvisador era un cincelador, y el nuevo sistema de servir las viandas, á la rusa y ya trinchadas, había sido funesto para él, como que le quitaba todo pretexto para un silencio preparatorio. De ahí la voz general de que estaba en decadencia. Por lo demás, parisiense de raza, dandy por sus cuatro costados, y, como decía él con vanagloria, « bien curado de sustos », lo cual le permitía dar detalles asaz picantes con respeto á las mujeres de su teatro á Brahim-Bey, quien le estaba escuchando como se hojea un libro licencioso, y departir al propio tiempo sobre teología con el reverendo que ocupaba el asiento vecino, un cura de algún villorrio meridional, de pocas carnes y rostro quemado del color de su sotana, pómulos encendidos, nariz puntiaguda, nada escaso de ambición, y que decía á Cardailhac en voz muy alta y en tono de protección, de autoridad sacerdotal:

—Estamos muy satisfechos de Mr. Guizot... va por buen camino, muy bueno... es una conquista para la Iglesia.

Al lado de ese pontífice de alzacuello lustroso, el viejo Schwalbach, el famoso mercader de cuadros, lucía su barba de profeta que amarilleaba á trechos como vellón sucio, sus tres paletós de color de ala de mosca, su porte desgarrado y negligente que se le perdonaba en nombre del arte y porque era de buen tono el tener en casa, á la sazón en que la manía de las colecciones ponía tanto millón en movimiento, al hombre más en moda para esas transacciones vanidosas. Schwalbach no chistaba, contentándose con pasear en torno suyo enorme monóculo en forma de lente, y con sonreír para su capote ante las singulares combinaciones á que daba lugar aquella mesa única en el mundo. Así resultaba que

junto por junto al señor de Monpavon—y era de ver cómo se arqueaba la desdeñosa curva de su nariz cada vez que volvía los ojos á aquel lado—se veía al cantante Garrigou, un paisano de Jansoulet, ventrilocuo distinguido, que cantaba el Figaro en el dialecto del Mediodía y no tenía rival en punto á imitar la voz de los animales. Algo más allá, Cabassu, paisano también, un hombrecillo bajo y gordinflón, con cuello de toro y biceps á lo Miguel Angel, que tenía á un tiempo algo del barbero marsellés y del Hércules de barracón, frotador (1), pedicuro, manicuro con ribetes de dentista, ponía entrambos codos en la mesa con el aplomo de un curandero que visita á primera hora y que conoce las dolencias menudas, las miserias íntimas del hogar á que concurre. Cerraba esa lista de los subalternos que á lo menos se distinguían por alguna especialidad, Bompain, el secretario, el intendente, el hombre de confianza, por cuyas manos pasaban los asuntos todos de la casa: y bastaba ver la actitud solemnemente embrutecida, el aire alelado, el fez turco calado torpemente en aquella cabeza de dómine, para comprender á qué calaña de sujeto habían ido á parar unos intereses como los del Nabab.

Finalmente, y para llenar los huecos que dejaban estas figuras que acaban de bosquejarse, la Morería en peso: tunecinos, marroquíes, egipcios, levantinos; y confundida con este elemento exótico, toda una bohemia parisiense y multicolor de títulos tronados, de industriales maleantes, de periodistas exhaustos, de inventores de específicos maravillosos, de gente del Mediodía que habían echado anclas en París sin un céntimo, en una palabra, de cuanto buque vagaba perdido por el mar sin provisiones, de cuanta ave aleteaba por el aire oscuro, y que, como por la luz de un faro, acudían atraídos por aquella colosal fortuna. El Nabab admitía á su mesa á toda aquella baraúnda por bondad, por generosidad, por poquedad de carácter, por sus costumbres de manga

(1) *Masseur* dice el original. A falta de palabra técnica, que no conocemos, empleamos *frotador*, y por *masser*, *frotar*, á título de equivalente aproximado. *Masser*, que acaso podría traducirse también por *sobar* y aun por *amasar*, es pasar la mano por el cuerpo, como amasando la carne, durante el baño.

ancha unidas á su ignorancia absoluta, por un resto de esas nostalgias de desterrado, de esa sed de expansión que allá lejos, en Túnez, en su espléndido palacio del Bardo, le llevaba á dar acogida á todo bicho viviente, con tal de que viniese de Francia, desde el industrialillo que exporta artículos de París, hasta el pianista que pasea su fama, hasta el cónsul general.

Al oír tanto acento diverso, tanta entonación extranjera atropellada ó tartajosa, al considerar aquellas fisonomías tan distintas,—violentas, bárbaras, vulgares las unas,—las de más allá extra-civilizadas, marchitas, completamente bulevarescas, algo como frutas á medio pudrir; al observar en la servidumbre idéntica variedad que en la concurrencia, aquellos salidos el día antes de alguna agencia, que con aire insolente é irguiendo sus cabezas de dentista ó de mozo de baños se codeaban en su atareado ir y venir con etíopes inmóviles y relucientes como porta-hachones de mármol negro, era imposible darse cuenta exacta de cuál era aquel sitio; y lo último que se le había de ocurrir á uno era que se encontrase en la plaza Vendôme, en el centro de vida, en pleno riñón de nuestro París moderno. En la mesa, idéntica internacional de manjares exóticos, salsas de azafrán ó de anchoas, especias complicadas en golosinas turcas, pollos en almendra frita; todo esto, unido al adocenamiento del interior, á los dorados del maderaje, al repiqueteo chillón de las campanillas nuevas, producía la impresión de la mesa redonda de alguna gran fonda en Smyrna ó en Calcuta, ó del suntuoso comedor de algún paquebot trasatlántico, el *Pereire* ó el *Sinai*.

Parecía natural que semejante diversidad de convidados—iba á decir de pasajeros—hiciese del convite un convite animado y bullicioso. Nada de ello. Comían todos nerviosamente, silenciosamente, observándose de soslayo, y aun los más de sociedad, los que parecían estar más á sus anchas, tenían en la mirada el extravío y el azoramiento de la idea fija, una calentura ansiosa que les hacía hablar sin responder, escuchar sin entender una palabra de lo que se decía.

De pronto se abrió la puerta del comedor:

—¡Ah! aquí está Jenkins, dijo el Nabab alborozado...
Hola, hola, doctor... ¿Qué tal, compañero?

Una sonrisa en redondo, un fuerte apretón de mano al an-

fitrion, y Jenkins tomó asiento frente á él, al lado de Monpavon, delante del cubierto que un criado acababa de traer apresuradamente y sin previa orden como en una fonda. Á lo menos, en medio de tanto rostro preocupado y calenturiento formaba contraste el del galeno por su buen humor, su expansibilidad, por esa benevolencia gárrula y cumplimentera que hace de los irlandeses algo como los gascones de Inglaterra. ¡Y qué apetito tan atroz! ¡con qué brío, con cuánta libertad de conciencia hacía maniobrar, entre palabra y palabra, su doble hñera de dientes!

—¡Y bien! Jansoulet, ya lo habréis leído...

—¿Qué?

—¡Toma! ¿pues no lo sabéis?... ¿No habéis leído lo que dice de vos el *Mensajero* de esta mañana?

Por debajo de la atezada costra de sus mejillas el Nabab se ruborizó como un niño, y con los ojos encandilados de gusto:

—¡Cómo! ¿es cierto?... el *Mensajero* habla de mí?

—Y nada menos que dos columnas... ¿Cómo no os lo ha enseñado Moessard?

—¡Oh! dijo Moessard modestamente, no valía la pena.

Era este Moessard un periodistillo almibarado y pelirubio, asaz buen mozo, pero en cuyo rostro se pintaba esa marchitez peculiar de los mozos de restaurant de noche, de los cómicos y de las hembras de vida airada, mezcolanza de visajes de convención y del reflejo desvaído del gas. Pasaba por ser el querido asalariado de una reina sin trono y muy liviana. Tal se susurraba en torno suyo, lo cual le valía entre los de su grey una consideración envidiada y nada despreciable.

Jansoulet se empeñó en que se leyera el artículo, ávido de saber lo que de él se decía. Por desgracia Jenkins había dejado su ejemplar en casa del duque.

—Que vayan al momento á buscar un *Mensajero*, dijo el Nabab al criado que tenía detrás.

Moessard se interpuso:

—No hay necesidad, creo que he de traer aquí esos cuatro renglones.

Y con la limpieza de manos del gacetillero de oficio acostumbrado á borrar sus apuntes entre sorbo y sorbo, sacó el periodista una cartera atiborrada de notas, tarjetas, recor-

tes de periódico, billetes satinados con escudos nobiliarios, que desparramó por encima de la mesa, retirando el plato para buscar las pruebas de su artículo.

— Ahí está...

Se las iba á dar á Jansoulet, pero Jenkins reclamó:

—No, no... leedlo en voz alta.

Los circunstantes hicieron coro, y Moessard, recogiendo sus papeles, comenzó á leer en alta voz la *Obra de Bethleem y M. Bernard Jansoulet*, prolijo ditirambo en loor de la lactancia artificial, escrito según notas de Jenkins, conforme claramente lo manifestaban una serie de frases de relumbrón de la cosecha del doctor... el largo martirologio de la infancia... el mercenariado del seno... la cabra bienhechora y lactífera... y rematando, tras una pomposa descripción del espléndido establecimiento de Nanterre, en el elogio de Jenkins y la apoteosis de Jansoulet: «¡Oh, Bernardo Jansoulet, bienhechor de la infancia!...»

Era de ver la cara escandalizada, indignada que ponían los comensales. ¡Vaya un intrigante con ese Moessard! ¡Cuánto cinismo, cuánta bajeza!... Y una sonrisa de envidia, de desdén, torcía por igual todas las bocas. Lo peor de todo era que no había más recurso que aplaudir y hacer del satisfecho, como quiera que el dueño de la casa, que no tenía el olfato muy ducho en cuestión de incienso, se lo tomaba todo por el lado serio, el artículo y los bravos que excitaba. Mientras la lectura, su ancha cara estaba radiante de júbilo. Más de una vez, allá abajo, allá lejos, había soñado con llegar un día á ser cantado de esa suerte por los periódicos, á ser alguien en esta sociedad, la primera de todas las sociedades, en la cual, como en un foco de luz, tiene puestos los ojos el mundo entero. Y he aquí que el sueño tomaba cuerpo. Fijaba la vista en sus convidados, en las sobras opíparas del festín; consideraba aquel comedor artesonado que competía en altura con la iglesia de su pueblo; paraba oídos al sordo rumor del París corriente y andante que al pié de sus balcones desfilaba, con la íntima persuasión de que iba á ser una de las grandes ruedas de aquel activo y complicado mecanismo. Y entonces, por un efecto de contraste, en la beatitud de su digestión, al través de las líneas de aquella triunfante apología, veía desplegarse su propia existencia, su infancia mise-

rable, su juventud aventurera y no menos triste, los días sin pan, las noches sin asilo. Luégo, de pronto, terminada la lectura, en una de esas explosiones de júbilo, en una de esas efusiones meridionales que hacen pensar en alta voz, largando á sus convidados una de sus francas y belfas sonrisas:

— ¡Ah! amigos míos, exclamó, amigos queridos, si supiéseis cuán feliz soy, cuán orgulloso me siento!

Haría unas seis semanas que estaba en París. Fuera de dos ó tres compatriotas, apenas conocía más que de la víspera y por haberles prestado dinero, á los que llamaba amigos suyos. Así, tan repentina expansión pareció un si es no es fuera de lugar; pero Jansoulet, harto conmovido para reparar en cosa alguna, prosiguió:

— Después de lo que acabo de oír, cuando me veo aquí, en este París sin igual, rodeado de cuanto nombre ilustre, de cuanto personaje distinguido hay en él, y recuerdo al propio tiempo la barraca paterna! Porque yo nací en una verdadera barraca... Mi padre vendía hierro viejo al pié de un guarda cantón, en el Bourg-Saint-Andéol. Á duras penas si teníamos pan que comer los días ordinarios, y un mal guisote los domingos. Que lo diga Cabassu. Él me conoce desde entonces. Él me guardará de mentir... ¡Oh! sí, me he dado cada atracción de miseria! — Y levantaba la cabeza en un rapto de orgullo husmeando el sabor á trufa de que estaba saturada la densa atmósfera del comedor. — Sí, atracones y de los buenos, y no por dos ni por tres días. He tenido frío, he tenido hambre, pero no esa hambre de mentirijilla, sino la otra, aquella que roe, que retortija las entrañas, que hace bailar la cabeza, que hace perder el mundo de vista como si os vaciasen la cuenca de los ojos con un cuchillo para comer ostras. He pasado días enteros en la cama por no tener un mal abrigo en que envolverme; eso, cuando tenía cama, que no era siempre. He mendigado el pan á todos los oficios; y ese pan me costó tantos sudores, era tan negro, tan duro, que todavía siento en el paladar su dejo amargo é insípido. Y así hasta los treinta. Sí, amigos míos, á treinta años — aún no he cumplido los cincuenta — yo era un miserable pordiosero, sin un ochavo, sin asomos de él, y con el remordimiento de una pobre madre viuda que perecía de hambre allá en un rincón, y á la cual no me era dado socorrer.

Lo chocante era la cara que ponían los oyentes de aquella lastimera historia retrospectiva. Algunos parecía como que estuviesen algo picados, en particular Monpavon. Aquella exhibición de andrajos era, en su concepto, del peor gusto, una imperdonable falta de buen tono. Cardailhac, el escéptico y pulcro Cardailhac, poco aficionado á situaciones patéticas, con la mirada fija y como alelado, se entretenía en rajar una fruta con la punta de su tenedor á rebanadas del grueso de un papel de fumar. En cambio el gobernador se deshacía en gestos de supina admiración, en extremos de asombro, de lástima; al paso que á poca distancia de él, por un singular contraste, Brahim-Bey, el rayo de la guerra, en quien aquella lectura seguida de conferencia después de un almuerzo copioso, había determinado un sueño reparado, dormía con la boca abierta en redondo cabe sus blancos bigotazos, la cara congestionada por el alzacuello que se le subía á las barbas. Pero la expresión general era de indiferencia, de aburrimiento. Porque, vamos á cuentas; ¿qué les había de importar á todos ellos de la infancia de Jansoulet, de si había sufrido tanto ó cuanto, ni de toda la suma de sus apuros? No estaban allí para oír semejantes jeremiadas. Así, la atención fingida de los unos, las miradas de los otros que contaban las molduras del artesón ó las migajas de pan, los visajes de los de más allá para contener el inminente bostezo, acusaban la impaciencia general que producía aquella historia intempestiva. Pero Jansoulet dale que dale. Complaciase en la relación de sus desdichas pasadas, como marino en tierra recuerda sus viajes al través de los mares remotos, y sus peligros, los grandes naufragios. Seguía luégo después la historia de su buena suerte, del prodigioso azar que le había puesto de golpe en camino de la fortuna. «Andaba perdido por el puerto de Marsella, con un camarada tan piojento como yo, que luégo se ha enriquecido, como yo, al lado del Bey, y que después de haber sido mi compañero de fatigas y de glorias se ha vuelto mi más mortal enemigo. ¡Qué demonstre! ¿á qué callaros su nombre? Harto le conocéis... Hemerlingue... Sí, señores, el jefe de la gran casa de banca Hemerlingue é hijo no tenía en aquella sazón ni dos cuartos para pagar un trago de peleón allá en el muelle... Embriagados por el aire emigrador que corre por allí, se nos ocurrió la